

Europa, en la encrucijada

Es Europa el problema o la solución? El proyecto europeo está en horas bajas y las encuestas señalan un declive del apoyo tanto a la Unión Europea en general como a la integración económica en particular. Este declive es notable en el sur de Europa y en Francia. Aun así el porcentaje de la población favorable a mantener el euro en los países que lo adoptaron es alto, supera el 60%, aunque sólo una minoría ve favorablemente al Banco Central Europeo (BCE). Sucesivos gobiernos en países del sur de Europa insisten en que se han visto forzados a efectuar reformas e importantes ajustes presupuestarios por el dictado europeo materializado en la troika (Comisión Europea-BCE-Fondo Monetario Internacional). Los gobiernos del norte insisten, por su parte, a sus ciudadanos que no había otra salida sino ayudar a los países del sur. Según esta visión la austeridad ha sido impuesta en el sur y se ha forzado la reducción de salarios y prestaciones públicas. Sin embargo, la gestión por parte de Angela Merkel de la crisis económica en Europa (según la reciente encuesta del Centro Pew) es aprobada por una mayoría en Alemania, Francia, Reino Unido, Polonia y Chequia, pero no en España y Grecia, y en menor medida en Italia. Hay una fractura norte-sur. La visión negativa sobre el papel de Europa dada por los dirigentes políticos explica en parte el auge de los partidos populistas, que pueden constituir una fuerza relevante en el nuevo Parlamento que surgirá de las elecciones del 25 de mayo. La participación en los comicios europeos ha descendido desde el 60% en los años ochenta hasta cerca del 40% (más recientemente), y todavía más bajo en la tan europea Catalunya.

Hay dos cuestiones por dilucidar. En primer lugar, debemos examinar qué hubiera ocurrido a la economía española si cuando la crisis estalló en el 2007 no hubiéramos pertenecido a la eurozona. La parada en seco de los flujos de capital y financiación a la muy endeudada economía hubieran supuesto una crisis mayúscula de balanza de pagos y una devaluación, o sucesivas devaluaciones, de nuestra moneda así como impagos de la deuda denominada en moneda fuerte. Todo esto

acompañado de una recesión muy profunda con un descenso del nivel de vida superior al experimentado en la crisis actual. El (denostado) FMI hubiera tenido que intervenir con un programa de ayuda y de ajuste de la economía. En resumen, la debilidad tradicional de nuestra economía se hubiera resuelto por los métodos usuales, y así hubiéramos seguido hasta... la próxima crisis, siguiendo la tradición de nuestra historia económica reciente. Cabe objetar, y esta es la segunda cuestión, que



ÓSCAR ASTROMUJOFF

si España no hubiera formado parte de la eurozona no se habría endeudado tanto con el exterior puesto que los flujos de capital al sector inmobiliario hubieran sido mucho más reducidos. Probablemente esto es cierto, pero también lo es que los esfuerzos de estabilización macroeconómica que se llevaron a cabo para que España entrara en el euro tampoco se hubieran realizado. En todo caso, la pertenencia a la eurozona ha evitado la crisis de balanza de pagos a través de los mecanismos de financiación del BCE. Sin Europa la crisis en España hubiera sido mucho más aguda. La imposición de medidas de austeridad es, en primera instancia, la consecuencia de la imposibilidad de España de financiarse en los mercados internacionales. La austeridad hubiera sido mucho más drásti-

ca sin la ayuda de los fondos europeos.

La fase aguda de la crisis del euro se ha superado, con la ayuda de las palabras mágicas de Mario Draghi en el verano del 2012, pero los retos pendientes son formidables. Los líderes europeos han avanzado en la construcción del edificio necesario para la estabilidad del euro (con la unión bancaria y un mayor grado de control de los presupuestos) pero estamos lejos de la unión fiscal necesaria. Para ello hay que avanzar en la unión política y en el control democrático de las decisiones. Veo difícil avanzar en este camino hasta que no haya un presidente europeo elegido directamente en las urnas. Por otro lado, en el medio plazo el posible estancamiento crónico de los países del sur de Europa puede cuestionar la consolidación del euro. La evolución de distinto signo del desempleo en EE.UU. y en Europa desde 2010 indican que la política macroeconómica en esta última no ha sido la adecuada. En efecto, con una austeridad menor en el sur y medidas de estímulo en el norte, a cambio de un programa de reformas profundo, el ajuste hubiera podido ser más suave en los países del sur, y las perspectivas de estancamiento y de fragmentación social se hubieran minimizado. No ha sido así y ahora recae otra vez la responsabilidad en el BCE de prevenir el estancamiento y posible deflación en estos países. Para que el sur periférico pueda recuperar competitividad es necesario que tenga una inflación menor que la alemana. El problema es que si Alemania tiene una inflación que no llega al 1% la perspectiva del sur debe ser deflacionaria para mantener un diferencial suficiente.

Para los ciudadanos del sur, Europa ha sido más tabla de salvación que interferencia problemática. Ahora bien, sin una acción decidida a favor del crecimiento y de superación de la fractura social en los países de alto desempleo, la amenaza de los populismos, con su denominador común que los estados nacionales recuperen soberanía y tendencia proteccionista, crecerá e infiltrará todavía más a los partidos tradicionales en todos los países. En las circunstancias actuales, una Europa sin una política exterior y energética común camina hacia la irrelevancia, y sin una política económica adecuada, hacia la implosión. Esperemos que las elecciones sirvan de revulsivo que ilumine a los dirigentes europeos.●

X. VIVES, profesor del Iese